



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

## **Dos trabajos sobre Juan Rulfo**



### **Sobre Elio Vittorini y Juan Rulfo: dos viajes en la cuarta dimensión**



Sólo un estudio extenso de *Conversazione in Sicilia* de Elio Vittorini y de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo podría precisar cabalmente las similitudes más sugestivas que emparentan a estas dos novelas. Aquí, en pocas cuartillas, me atenderé a bosquejar una comparación, a subrayar lo que a ella inspira y justifica.

Ambas obras empiezan con un viaje de un hijo urgido, en la primera, por el padre, y en la segunda, por la madre. En la italiana, el viaje se efectúa *nella quarta dimensione*<sup>244</sup>, en un *mondo offeso*, un mundo ofendido. Silvestre, hijo de Concepción, va a Sicilia; Juan Preciado, hijo de Doloritas, va a Comala. Como Silvestre, el personaje de Rulfo emprende el viaje en un mundo ofendido y en pareja dimensión: la *quarta dimensione*. Ambos creen ir al Paraíso y descienden al Infierno.

No nos ocupemos de cuestiones cronológicas<sup>245</sup>. Determinemos lo que en el trasfondo mítico de esas obras coincide o no coincide: Juan Preciado, se ha dicho, es un Telémaco jalisciense «que inicia una contra-odisea en busca de su padre perdido»<sup>246</sup>. El Ulises perdido es todo menos un héroe ejemplar. Silvestre, salvadas las debidas

distancias, inicia a su vez una contra-odisea: va a la isla del Mediterráneo en busca de una Penélope. Ésta no es como la homérica, la fidelidad ni la paciencia.

Al personaje de Rulfo no lo mueve el amor como al de Homero: lo mueve el odio de la madre que, moribunda, exige perentoria una venganza.

En suma: los Telémacos, los Ulises y las Penélopes de Vittorini y Rulfo requieren multitud de distingos al examen de elementos arquetípicos.

—164→

Juan Preciado termina su viaje en un pueblo de muertos: el Paraíso destruido. Silvestre arriba a un pueblo de vivos, halla viva a su madre, no como Juan que halla muerto al padre buscaba. Pero también el pueblo siciliano, como el jalisciense es, por ser un *mondo offeso*, un pueblo de fantasmas, o, según el narrador, de espíritus.

El primer difunto con quien Juan Preciado dialoga, en su descenso al Infierno, es su hermano Abundio. Silvestre, llamado por misteriosa voz, por una voz terrible, baja desde la casa de su madre a un paraje lúgubramente iluminado: el cementerio. Y allí dialoga con el espectro de un soldado que es su hermano Liborio.

Al final de la obra italiana, reaparece el Ulises que gustaba de representar papel de rey, el Macbeth de Shakespeare. Silvestre, al tercer día de sus aventuras en el pueblo siciliano, va a despedirse de su madre. La encuentra en la cocina. Su madre lava los pies de un hombre muy viejo, arrodillada en el suelo. El viejo ha regresado a su isla y su esposa lo atiende, no como la Penélope esquiva a los Pretendientes, sino como la sagaz Euriclea, en antiquísimo rito de hospitalidad<sup>247</sup>.

El personaje de Vittorini, casi a los treinta años de edad, tipógrafo linotipista en tiempos del máximo poderío del Duce, se halla al emprender el viaje, *in preda ad astratti furori*<sup>248</sup>. No nos dice cuáles sean estos furores; no quiere hablar de ellos. Los periódicos están llenos de manifiestos y de crímenes que esos manifiestos provocan. Es invierno. Lluere y llueve. Silvestre tiene los zapatos rotos y el agua le penetra por las suelas. Mudo entre amigos mudos, la cabeza inclinada, siente la vida *come un sordo sogno*:

*Questo era il terribile: la quiete nella non speranza.  
Credere il genere umano perduto e non aver febbre di fare  
qualcosa in contrario, voglia di perdermi, ad esempio, con  
lui*<sup>249</sup>.

Terrible pasividad en el narrador, y desesperanza. Hace quince años que ha abandonado su Sicilia. Presa de abstractos furores, no le parece nunca haber sido hombre, ni haber vivido ni haber tenido una infancia entre chumberas y azufre en las montañas de su isla.

—165→

Es entonces cuando recibe una carta de su padre Costantino.

El ex-ferroviario se dirige a sus hijos, especialmente a Silvestre. Ha abandonado su pueblo siciliano con una mujer. La madre de Silvestre, explica el marido infiel, no ha de sufrir necesidades. La pensión del ex-ferroviario le es entregada íntegramente. Ahora los hijos deben visitarla:

*Tu, Silvestro, avevi quindici anni quando ci hai lasciate e d'allora, ciao, non ti sei fatto piú vedere. Perché l' otto dicembre, invece di mandarle la solita cartolina di auguri per l'onomastico, non prendi il treno e vai e le fai una visita?*<sup>250</sup>

La carta viene de Venecia. Silvestre, como Juan Preciado, no se dejará convencer en seguida. Ve en el calendario que es el 6 de diciembre y que sólo faltan dos días para el cumpleaños de su madre. Debe enviar, pues, sin dilación, la solita tarjeta anual. No piensa hacer otra cosa. Entonces escribe la tarjeta y la lleva a la estación. Como es sábado, cobra su sueldo. En la estación lee un anuncio:

*Visitate la Sicilia, cinquanta per cento di riduzione da dicembre a giugno*<sup>251</sup>.

¡Sólo 250 liras a Siracusa, ida y vuelta, tercera clase!

Esto lo decide, pues un descuento de cincuenta por ciento vale la pena. Silvestre toma el tren para Sicilia.

Curiosa semejanza en *Pedro Páramo*: Juan Preciado oye la súplica de su madre moribunda y promete visitar a su padre:

-No dejes de visitarlo... No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

-Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta pronto que comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala<sup>252</sup>.

A Silvestre la lectura y relectura de la carta de su padre lo fue también llenando de sueños. En su alma, dice, *un piffero suonava... e smuoveva in me topi e topi che non erano precisamente —166→ ricordi*.

No eran recuerdos sino ideas oscuras. Ideas de mis años -nos dice-, pero sólo de mis años de Sicilia. El pífano sonaba. Lo invadía una nostalgia de ver nuevamente en sí la infancia. En suma: un mundo de sueños no alrededor de una esperanza pero sí en torno a un pasado tal vez paradisíaco en su tierra de chumberas y de azufre.

Ambos personajes -no los llamemos héroes- exhiben pareja pasividad y ejercen pareja ensoñación. Y ambos al fin se deciden a emprender el viaje: Silvestre en pleno invierno, en diciembre; el otro, «en el tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente».

Silvestre da con la casa de su madre en la montaña de Sicilia. Su llegada está envuelta en cierta irrealidad que nos invita a compararla con la de Juan Preciado a la misteriosa casa de Comala en que halla su primer hospedaje:

Empujé la puerta y entré en la casa. De una habitación llegó una voz que me preguntó: ¡¿Quién es?! Reconocí aquella voz, después de quince años de no recordarla. Ahora que la escuchaba me parecía la misma voz de quince años antes: fuerte, clara... Recordé a mi madre, que me hablaba en mi infancia desde otra habitación.

-*Signora Concezione*<sup>253</sup> -dice, simplemente, Silvestre.

Extraña es la acogida que al hijo pródigo hace la señora Concepción:

*-Oh, é Silvestro -disse mia madre, e mi venne vicino.*

Quince años sin verlo y lo único que le dice al recibirlo es:

«-¡Oh, es Silvestre!» -para agregar tras el beso filial en la mejilla que, ella, devuelve:

*-Ma che diavolo ti porta da questi parti?*<sup>254</sup>

¡Qué diablos te ha traído por estos lugares!

Al regresar al escenario de su infancia, Silvestre lee el nombre del pueblo sobre un muro. En el pueblo, nos cuenta, «no se veía gente; sólo niños descalzos, con los pies ulcerados por los sabañones...».

Juan Preciado, por su parte, llega a Comala a la hora «en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos». No así en Comala. Aquí no hay niños como en el *paese* de Sicilia. No obstante, —167→ Juan recuerda: «Y aunque no había niños jugando, ni palomas ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía»<sup>255</sup>.

Curiosa coincidencia y divergencia al mismo tiempo: Silvestre *ve bambini scalzi*; Juan no ve ningún niño. Pero ambos, que buscan su niñez, hablan de niños: uno evocando su presencia triste; otro, su extraña ausencia.

Juan llega a la puerta de Eduviges Dyada, íntima amiga de su madre muerta. Eduviges también está muerta, pero «vive». Es el espectro de una mujer que pudo haber sido la madre del viajero según éste se entera poco después.

En el caso de Juan no se trata de la casa paterna o materna, sino de la que pudo haber sido la casa de su madre. La acogida será bien extraña, más aún que en la casa siciliana: «Llegué a la casa del puente orientándome por el sonar del río. Mi mano se sacudió en el aire como si el aire la hubiera abierto. Una mujer estaba allí. Me dijo:

-Pase usted.

Y entré»<sup>256</sup>.

Más que remota, *prima facie*, parece la semejanza entre el arribo a uno y otro pueblo. Silvestre, ser viviente, habla a su madre viviente. Juan Preciado, ya muerto, evoca su llegada, estando aún vivo, a la morada de una difunta, en la cuarta dimensión de los sueños, y ve seres que no proyectan sombra en la eternidad, que es ahora su ámbito temporal. En sus oídos suena el lírico añorar de la madre muerta: «hay allí, pasando el puerto de los Comilotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche»<sup>257</sup>.

En la cuarta dimensión del viaje, Silvestre oye a su madre decir:

-¡Oh, es Silvestre!

-¿Cómo has podido reconocerme? -pregunta Silvestre.

Su madre, riendo, contesta: *-Me lo domando anch'io.*

¡Esto también me lo pregunto yo!

Y en seguida la señora Concepción habla de cosas triviales, como en la irrealidad de un sueño. Se está asando un arenque en la cocina.

—168→

-¿Notas lo bien que huele?»<sup>258</sup> -interroga Concepción.

Juan Preciado, apenas recibido por el espectro de quien pudo ser su madre, pregunta:

-¿Qué es lo que hay aquí?

-Tiliches -responde Eduviges Dyada. Y agrega:

-¿De modo que usted es hijo de ella?

-¿De quién? -inquieta Juan.

-De Doloritas.

-Sí, ¿pero cómo lo sabe?<sup>259</sup>

En ambos viajes nada resulta extraordinario porque todo es extraordinario: el viaje mismo en busca de lo perdido, el género humano, la infancia, el Paraíso. Lo real y lo irreal se funden. Juan Preciado oye rumores y murmullos. «-Me mataron los murmullos» -informa, ya en la tumba, a la mendiga Dorotea.

Lo mataron los murmullos y los espíritus.

Silvestre también oye rumores y se mueve entre espíritus. Oigámosle hablar en el capítulo XXIV de *Conversazione*:

*A questo modo viaggiavamo per la piccola Sicilia amonticchiata; di nespole e tegole e rumore di torrente, fuori; di spiriti, dentro, nel freddo e nel buio; e mia madre era con me una strana che pareva esser viva con me nella luce e con quegli altri nella tenebra, senza mai smarrirsi come io, un poco, mi smarrivo ogni volta entrando o uscendo<sup>260</sup>.*

Comala «está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno». Juan Preciado, próximo a su destino, pregunta el nombre del pueblo que «se ve allá abajo». Bajando «cada vez más» -son palabras de Juan- se va «hundiendo en el puro calor sin aire»<sup>261</sup>. Al terminar su descenso, se halla el viajero en el «pueblo sin ruidos», donde oye «caer sus pisadas sobre las piedras redondas con que [están] empedradas las calles»<sup>262</sup>. El hijo de Doloritas topa con el fantasma de una mujer envuelta en su rebozo que en seguida desaparece como si no existiera. Ya ha llegado al Infierno.

En los capítulos XLI y XLII Silvestre hace su descenso. Yendo de la taberna de Colombo a la casa de su madre, contempla el paisaje nocturno. Hay luces arriba y abajo, en el pueblo y en el —169→ valle. En el cielo centellea el hielo de una estrella. De pronto cae en la cuenta de que el nombre de la calle próxima, *Belle Signore*, es demasiado nocturno para Sicilia. Significa los Espíritus<sup>263</sup>.

Obseso por los recuerdos de su infancia, acaso un poco ebrio por el vino de la taberna y, sobre todo, lleno de dolor por el mundo ofendido, Silvestre grita:

-*Oh mondo offeso! Mondo offeso!*

No esperaba respuesta -cuenta Silvestre- pero alguien, una voz subterránea como la del rey Hamlet, dice: -¡Ejem!

-¿De quién es esa voz?

-*Che c'è? -chiamai.*

-¡Ejem! -responde la voz<sup>264</sup>.

Las luces rojas que ahora brillan en lo oscuro no son de las moradas de los hombres. Las luces de los vivos parecen haberse apagado. Las que brillan en este paraje son como de linternas de ferroviarios. Luces dejadas allí. Y la terrible voz suena otra vez:

-¡Ejem!

-*Ah, sono nel cimitero!*<sup>265</sup>

Sí, entre luces de muertos, Silvestre está en el cementerio.

-¡Ejem! -por fin la voz se identifica: es la de un soldado. Pero a la escasa luz de los muertos no puede verse al dueño de la voz.

¿Está de guardia el soldado? Esto quiere saber Silvestre.

-No -dice el soldado invisible-. Reposo.

-¿Aquí, entre las tumbas?

-Las tumbas -contesta la voz- son bellas tumbas cómodas.

-Tal vez ha venido a pensar en sus muertos -inquiere Silvestre.

-No -dice la voz del invisible-: el soldado piensa en sus vivos.

Pronto advierte Silvestre que su interlocutor es su propio hermano Liborio. Uno de los vivos en que piensa es, precisamente, Silvestre, el *fratello Silvestro*.

*lo diedi quasi un urlo. Vostro fratello Silvestro?*

Ante el asombro del vivo, el fantasma dice no ser nada extraordinario tener un hermano que se llame Silvestre, *povero ragazzo*<sup>266</sup>.

—170→

Evidentemente, la sombra sabe solamente lo pasado. No tiene saberes del presente. De aquí que para Liborio sólo exista el Silvestre niño, de once o doce años (En el Canto X del *Infierno*, Cavalcante y Farinata tampoco saben nada de lo actual en el mundo de los vivos).

El fantasma de Vittorini, por igual razón, evoca un tiempo detenido.

La nota similar más detectable en Vittorini y Rulfo en lo que mira a las obras referidas consiste en la ambigüedad, en la penumbrosidad, en la índole poemática de cuanto dicen, callan o sugieren. Para el análisis de esta similitud serían necesarias muchas páginas. Lo que resulta hacedero es señalar que en las dos novelas el viaje con que se inician se efectúa en la cuarta dimensión; esto es, en la dimensión del sueño, en un mundo ofendido, con el género humano perdido, sobre las ruinas del Paraíso.

La intuición que de los tiempos tristes que vivimos nos ofrecen ambos artistas, coincide en su sentido más profundo. Su mensaje, en lo que concierne al orden moral, se puede resumir en pocas palabras: las que se cruzan Juan Preciado y Abundio Martínez al llegar a Comala, esto es, al Infierno:

-¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?

-Comala, señor.

-¿Está seguro de que ya es Comala?

-Seguro, señor.

-¿Y por qué se ve esto tan triste?

-Son los tiempos, señor<sup>267</sup>.

—171→

△ ▽

## **Juan Rulfo, poeta en verso, o «El poema de Doloritas» en *Pedro Páramo***

En *Pedro Páramo* hay una dualidad de escenarios y otra de temas: a) Comala, de una parte, es el infierno; Comala es, además, el Paraíso; b) La novela es historia de un sentimiento amargo: el rencor del cacique Pedro Páramo; es, además, historia de un sentir agridulce: la nostalgia.

Hace ya varios años que afirmé que Juan Rulfo estableció esa dualidad de escenarios con sumo tino estético a fin de que el lector no fuera repelido por los horrores de una historia de muertos en el paisaje atroz de un pueblo abandonado<sup>268</sup>.

Rulfo, en efecto, hace intervenir la nostalgia, tema entrelazado al del rencor, para suscitar la visión de una región paradisíaca de llanuras verdes, matizadas por el oro del maíz maduro, olorosa de alfalfa, en cuyo seno se alza un pueblo mágico, blanqueando la tierra con su blancura, iluminándola de noche con sus luces, y perfumándola en las madrugadas con el dorado pan de sus trigales.



Hay dos personajes que evocan el Comala anterior al desastre: la madre de Juan Preciado -Doloritas- y Pedro Páramo, marido de ésta. Doloritas hace años que abandonó a Comala y añora el pueblo con profunda nostalgia. Pedro Páramo está enamorado desde su niñez de Susana San Juan. Susana se ha ido hace muchos años de Comala. Pedro Páramo jamás la olvida. Vive, por el contrario, obsesionado por el recuerdo de una primavera paradisíaca, sobre las lomas verdes, bajo el cielo de añil, el aire lleno del azahar de los naranjos y del canto de los pájaros.

La poesía de estas evocaciones ha impresionado a millares y millares de lectores en todas partes del mundo.

¿Habrá muchos que hayan advertido, entre los que leyeron la novela en español, que las saudades del Comala anterior a su —172→ ruina, insertas aquí y allí como suspiros, no son tan sólo trozos de poemas en prosa sino trozos de poemas en verso?

El propósito de este artículo es *descubrir*, con breves comentarios, esta poesía en verso. Mi tarea será pareja a la de quien excava en terrenos sembrados de ruinas, los trozos de estatuas que, una vez reunidos conforme al designio del escultor y libres de lo que los cubría bajo tierra, muestran su perfil armonioso bajo el sol.

No me ocuparé hoy aquí de las nostalgias de Pedro Páramo por Susana San Juan. Me atenderé tan sólo a las saudades de Doloritas, la mujer despreciada del tirano.

\* \* \*

Cuando a Comala llega Juan Preciado, la tristeza del pueblo lo deja estupefacto. Él pensaba encontrar el lugar venturoso de que su madre, entre suspiros, le había hablado tanto.

«-Hubiera querido decirle:» -nos cuenta Juan- «Te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me mandaste... a un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe»<sup>269</sup>.

El pobre Juan no puede dar crédito a sus ojos, pues, como nos dice él mismo -con palabras sencillas y casi enteramente en verso-, él traía a Comala los ojos de su madre:

Traigo los ojos con que ella (9)

miró estas cosas, (5)

porque me dio sus ojos para ver<sup>270</sup>. (11)

En la página 8 -que corresponde a la segunda de la novela- comienza ya el que llamamos aquí «El poema de Doloritas»:

Hay allí

pasando el puerto de Los Colimotes, (11)

la vista muy hermosa (7)

de una llanura verde (7)

algo amarilla por el maíz maduro. (11)

«El poema de Doloritas» fluye intermitentemente entre la prosa de Rulfo -como el río Guadiana- con un esquema métrico —173→ en que se combinan pentasílabos, heptasílabos, eneasílabos, endecasílabos, alejandrinos. Se advierten fluctuaciones. Pero éstas son fluctuaciones nada insólitas<sup>271</sup> en escritores de hoy que deliberadamente escriben en verso.

Es curioso observar que muchos endecasílabos del «Poema» tienen los acentos habituales, pero que hay también otros de acentos menos comunes. Todos los tipos de endecasílabos que emplea Rulfo, por otra parte, han sido empleados por poetas famosos y estudiados por tratadistas como Pedro Henríquez-Ureña y Tomás Navarro.

Pero no perdamos más tiempo en digresiones. Nos espera el saudadoso poema en verso de Doloritas ansioso de ser, como una estatua, *desenterrado* de entre la prosa rulfiana.

Doloritas solía decir a su hijo, antes que éste, Telémaco jalisciense, partiera en busca de su padre:

Desde ese lugar se ve Comala (11)

blanqueando la tierra, (7)

iluminándola durante la noche<sup>272</sup>. (12)

Adviértase que, en estos tres versos, el último, «Iluminándola durante la noche», tiene no once sino doce sílabas. Sin embargo, este verso de doce sílabas es, en rigor, un endecasílabo, llamado, técnicamente, endecasílabo creciente. Un caso parejo a éste lo hallamos en un poeta de muy buen oído poético. Es uno de los casos que estudia Pedro Henríquez-Ureña. El poeta es nada menos que Juan Ramón Jiménez y la poesía es la llamada «A mi pena»<sup>273</sup>:

Te salía tu aroma por doquiera... (11)

Llegada la última, fuiste la primera... (12)

He dicho antes que el Comala añorado por Doloritas tiene una función estética importante en la novela, función que consiste —174→ en neutralizar poéticamente el horror de un infierno tan caliente que, según Abundio el arriero, parece estar situado «sobre las brasas de la tierra».

Bien: el contraste entre lo paradisiaco y lo infernal ya aparece en los comienzos mismos de la novela. Juan, al llegar al pueblo, pregunta al fantasma de su hermano natural:

-¿Y por qué se ve esto tan triste?

-Son los tiempos, señor, responde el alma en pena del arriero Abundio<sup>274</sup>.

Doloritas, en la página 25, insiste sobre el vivo verdor de la llanura en que blanquea el pueblo de sus sueños:

Llanuras verdes	(5)
Ver subir y bajar el horizonte	(11)
con el viento que mece las espigas,	(11)
el rizar de la tarde con la lluvia	(11)
de triples rizos.	(5)
El color de la tierra,	(7)
el olor de la alfalfa y del pan.	(10)
Un pueblo que huele a - miel recién derramada <sup>275</sup> .	(14)

La primera parte de esta «estrofa» tiene la musicalidad, el movimiento, el *élan*, digamos, de los desahogos líricos propios del verso. Y versos son, versos perfectamente versos, estos endecasílabos acentuados en la sexta sílaba en loor de esas llanuras verdes en que se goza el

Ver subir y bajar el horizonte  
con el viento que mueve las espigas,  
el rizar de la tarde con la lluvia...

## El pueblo visto desde dentro

Hasta aquí hemos visto a Comala desde su contorno, esto es, desde sus verdes llanuras mediodoradas por las espigas. Lo único *interior* que se nos ha hecho sentir, ventear, oler, en el aire puro, es la fragancia del pan recién horneado. Todos los otros olores son olores de la campiña: el de las milpas auriverdes, el de la alfalfa —175→ y hasta el de esa miel recién derramada que parece verterse desde versículos de la Biblia.

Ahora, en la página 59, tendremos la visión del pueblo desde dentro. Una visión que se transmite entre lentos suspiros, en suspirados versos disfrazados de prosa:

Todas las madrugadas	(7)
el pueblo tiembla con el	
paso de las carretas.	(14)

Llegan de todas partes (7)

copeteadas de salitre, (9)

de mazorcas, de yerba, de pará...<sup>276</sup> (11)

Sigamos viendo, oyendo, oliendo las maravillas de este pueblo incomparable:

Rechinan sus ruedas

haciendo vibrar las ventanas,  
despertando a la gente.

Es la misma hora

en que se abren los hornos

y huele a pan recién horneado.

Y de pronto puede tronar el cielo.

Caer la lluvia.

Puede venir la primavera.

Allí te acostumbrarás

a los «derrepentes», mi hijo...<sup>277</sup>

Adviértase que de entre estos últimos once versos sólo dos de ellos se salen del constante esquema de pentasílabos, heptasílabos, enneasílabos, endecasílabos y alejandrinos:

Rechinan sus ruedas (6)

A los «derrepentes», mi hijo (8)

Forzando un poco las cosas, el último de los catorce en virtud de un hiato podría convertirse en endecasílabo. Tocante al único endecasílabo entre los once

y de pronto puede tronar el cielo,

Pertenece al grupo de los no muy comunes con acento en la quinta sílaba. Rubén Darío lo empleó en su «Balada laudatoria a —176→ Don Ramón del Valle Inclán»:

... ha traído *cosas* muy misteriosas

don Ramón María del Valle Inclán.

## Doloritas habla con su hijo

Antes del fin del «Poema» hay un breve diálogo entre Doloritas y su hijo. Éste, aterrizado por el espectáculo del infierno, por las apariciones y desapariciones de espectros, quiere hablar con su madre, hijo único, al fin, el pobre, abandonado por el monstruoso padre, el señor de horca y cuchillo de la Media Luna.

Este breve diálogo es, en rigor, parte del «Poema», aunque en él no aparezca el sentimiento de nostalgia de Doloritas. Pero todo el diálogo *está en verso* y conforme al consabido esquema de versos de cinco, siete, nueve, once, catorce sílabas:

-¿No me oyes? -pregunté en voz baja (9)

Y su voz me respondió: ¿Dónde estás? (11)

-Estoy aquí, en tu pueblo. (7)

Junto a tu gente. ¿No me ves? (9)

-No hijo, no te veo. (7)

Su voz parecía abarcarlo todo. (11)

Se perdía más allá de la tierra<sup>278</sup>. (11)

¿No es asombrosa esta escritura que, al parecer, indeliberadamente, se va deslizando sin desviarse casi nunca por los cauces tradicionales de versos castizos? ¿Cómo explicar esto? ¿Será que la índole de entrañable poeta de Juan Rulfo lleva a éste a expresarse con las formas de rigor en la poesía cuando en sus narraciones en prosa, la Poesía, imperiosa, le exige hablar en el lenguaje congruo con su esencia más pura?

En los siete versos arriba citados, llaman la atención los tres endecasílabos: sus acentos no son los comunes pero tampoco son extraños a la métrica hispánica:

Y su voz me respondió: ¿Dónde estás?

Su voz parecía abarcarlo todo.

Se perdía más *allá* de la tierra.

Y ¡qué sencillo y expresivo es ese verso según el cual la voz de —177→ la madre difunta «parecía abarcarlo todo»! Vemos a Juan Preciado levantar los ojos al cielo para interrogar a su madre. Y Juan, que está en el Infierno, siente que la voz materna llena todo el universo.

Mas sigamos *excavando* en la prosa rulfiana para sacar a luz la última parte de «El poema de Doloritas». Faltan ahora tan sólo diecinueve versos. De éstos únicamente uno de cuatro sílabas escapa al esquema que el oído detecta y el análisis hace evidente:

Allá hallarás mi querencia. El lugar	(11)
que yo quise. Donde los sueños	(9)
me enflaquecieron.	(5)
Mi pueblo, levantado	(7)
sobre la llanura, lleno de árboles	(11)
y de hojas, como una alcancía	(9)
donde hemos guardado nuestros recuerdos.	(11)
Sentirás que uno allí quisiera	(9)
vivir para la eternidad.	(9)
El amanecer; la mañana;	(9)
el mediodía;	(5)
y la noche siempre los mismos	(9)
pero con la diferencia del aire.	(11)
Allí donde el aire cambia el color	(11)
de las cosas;	(4)
donde se ventila la vida	(9)
como si fuera un puro murmurar;	(11)
como si fuera un puro murmullo de la vida <sup>279</sup> .	(14)

¿Cuál es la parte más bella del «Poema»? Difícil decirlo. En todas ellas hay algo conmovedor que es la calidad tonal de la voz de Doloritas. Al revés que tantos poetas de hoy que pugnan por hallar lo más novedoso en lo que mira a oscuridades, cultismos, hermetismos, Rulfo hace hablar a sus personajes-poetas con asombrosa sencillez y claridad. Esta soñadora Doloritas, por ejemplo, ¡qué bien habla; con qué convincente emoción expresa sus sentires cuando, como en la última parte del «Poema» exclama:

... Donde los sueños  
me enflaquecieron;

o cuando, siempre en elogio del Paraíso Perdido, suspira:

Mi pueblo, levantado  
sobre la llanura, lleno de árboles  
y de hojas, como una alcancía  
donde hemos guardado nuestros recuerdos!<sup>280</sup>

## Conclusión

Hemos visto que las nostalgias de Doloritas Preciado de Páramo están en verso; que Rulfo ha insertado en su novela, como armoniosas teselas resonantes de sugestivas melodías en un mosaico, trozos de un poema que poco a poco se va estructurando en su unidad, verso a verso. ¿Por qué este poeta tan original y exquisito que es Juan Rulfo no ha escrito desembozadamente poemas en verso? Sabemos que, en lo que mira a la poesía de su tiempo, Rulfo abomina de la oscuridad, de la ininteligibilidad con que se complacen muchos poetas mexicanos contemporáneos<sup>281</sup>.

Pero como acontece que él es capaz de una poesía auténtica, clara, inteligible, transparente, ¿por qué no ha ejercido una poesía en verso aunque fuera por un designio normativo?

¿Será que no se ha consagrado a la poesía en verso porque el género en auge desde hace décadas -y en pleno *boom* hoy en día-, el género narrativo, para el que tiene singulares dotes, se le ha impuesto como el mejor?

No lo sabemos. Pero el poema en que consisten las nostalgias de Doloritas nos evidencia que Juan Rulfo es un gran poeta en verso, un poeta cuyas cualidades de genuina emoción de musicalidad y transparencia expresiva, deberían servir de ejemplo a muchos que conciben la poesía como un juego malabar (apenas interesante y nuevo) para algunos *iniciados*.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

